

## LECCIÓN 38.<sup>a</sup> LAS PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS DEL LIBRO DE APOCALIPSIS

Al examinar más de cerca el libro del Apocalipsis, destacan particularmente algunas características que no podemos olvidar en cualquier lectura, o interpretación, del mismo. Señalaremos las principales.

### 1. El uso de los símbolos

El Apocalipsis es un libro de símbolos. Los símbolos cumplen una función didáctica. Por ejemplo, se nos dan algunas descripciones de la segunda venida, pero los intentos para representarnos el hecho de una manera literal, ajustada punto por punto al simbolismo del texto, hace caer en una serie de problemas insolubles. Si admitimos, en cambio, el ropaje simbólico del estilo de Juan, todo se aclara. Se trata de un lenguaje de señales, en su mayor parte; y conviene llegar a familiarizarse con estas señales. Mucho de lo que escribió Juan le fue antes revelado a él por medio de visiones. El mismo dice: «Vine a estar en espíritu en el día del Señor, y oí...» (1:10 en el griego original). Fue entonces cuando le fue descubierto el mundo invisible y, a la manera de una gran representación dramática, pasaron ante sus ojos sucesivas visiones, vanos cuadros, diversas escenas que —al estilo de Shakespeare y de los modernos autores de cine y teatro— no guardan la unidad clásica de «espacio-tiempo-lugar» en el proceso de las diferentes y progresivas secuencias.

Pensemos también en la visión de Pedro (Hech. 10). Fue como un trance. Aunque lento al comienzo, Pedro acabó por comprender que aquella visión tenía un profundo significado; iba a prepararle a él para que reconociera que Dios no hace discriminación de personas ni de razas, de modo que ello le llevara a recibir con los brazos abiertos a los gentiles tanto como a los judíos. Así ocurre con las visiones de Juan en Apocalipsis. Si las tomamos al pie de la letra, con la misma literalidad con que las imaginaron los pintores de la época románica,<sup>33</sup> el resultado será grotesco y lejos de la majestad y gloria de la parusía; abocaremos a situaciones fantásticas y extravagantes. Pero aun en el caso de que nuestro escaso gusto estético, o nuestra clase de formación literaria y artística, nos hagan pasar desapercibidos los detalles que se desprenden de un literalismo extremo, que olvida el uso y significado de los símbolos, esta clase de interpretación nos entregará tan sólo el esqueleto, pero no el cuerpo vivo; el envoltorio, pero no el significado profundo de los emblemas empleados por el estilo de Juan.

El mismo libro nos advierte en contra del literalismo. ¿No nos habla (17:9) de una mujer sentada sobre siete colinas? ¿Quién es capaz de representarse esto literalmente en su imaginación? No conozco a ninguna mujer que tenga tal capacidad para sentarse...

¿No presenta también el libro del Apocalipsis (cap. 12) a una mujer vestida del sol, con la luna a sus pies...? El mismo texto aclara que se trata de una gran señal, o maravilla, aunque el literalista se empeñe en entender algo normal, concreto y vulgar, que puede ser imaginado, punto por punto, y rehecho en todos sus detalles. Más tarde, en el mismo capítulo, se dice que esta mujer recibió dos alas de gran águila para que volase... ¿No nos advierten los mismos términos en que está compuesto el relato, en contra de una interpretación literalista?

En Apocalipsis 14:4 aparecen los 144.000 que, según el versículo 5, son «los que no se contaminaron con mujeres, pues son vírgenes». Incluso los más aferrados al literalismo —aun en el caso peculiar de los mal llamados «Testigos de Jehová»—, cuando llegan a este punto se convierten en exagerados simbolistas, ¿por qué será?

¿Es posible interpretar de otra manera que simbólicamente secciones como la de Apocalipsis 9:7-10, en donde aparecen «langostas, el aspecto de las cuales era semejante a caballos preparados para la guerra: en las cabezas tenían como coronas de oro; sus caras

eran como caras humanas; tenían cabello como cabello de mujer; sus dientes eran como de leones: tenían corazas como corazas de hierro; el ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros de caballos corriendo a la batalla; tenían colas como de escorpiones, y también agujijones...»?

También leemos, en el mismo estilo: «y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como del peso de un talento —alrededor de 35 kilogramos—; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo...» (16:21).

En otro lugar se describe una carnicería tan grande que las imágenes son las de un lagar: «Y el ángel arrojó su hoz en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios. Y fue pisado el lagar fuera de la ciudad, y del lagar salió sangre hasta los frenos de los caballos, por mil seiscientos estadios» —cada estadio tiene aproximadamente 180 metros— (14:20).

Tomar literalmente cada una de estas figuras de lenguaje equivale a no comprender nada del sentido e intención del Espíritu al comunicar estas verdades al apóstol Juan. Los detalles son adornos que enfatizan ciertas realidades, de modo que impresionen y produzcan un efecto más directo: en el caso del granizo, se subraya lo espantoso de la plaga; en la imagen del lagar, lo terrible y enorme que será el castigo que el cielo depara a los inicuos.

No faltan, además, indicaciones del propio apóstol en el sentido de que él no está escribiendo literalmente, sino en imágenes. En Apocalipsis 19:11-21 nos presenta al Salvador como Rey de reyes y Señor de señores; viene sentado en un caballo blanco, con una espada, «y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso y vi a un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid y congregaos a la gran cena de Dios, para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes...»; es decir, las carnes de aquellos que han sido vencidos por el Señor. Se nos ofrece aquí un cuadro impresionante de victoria, para trazar el cual, Juan se ha servido de todos los recursos que la imaginería de la guerra le prestaba. Pero el pasaje contiene suficientes elementos para prevenir a cualquiera de que no se trata de una escena literal en la que todos los detalles tengan que aceptarse al pie de la letra; la lección es simplemente que Cristo triunfará sobre sus enemigos y que la victoria final le pertenece.

En esta misma sección hay una advertencia, repetida dos veces, que nos conduce a dicha interpretación. En un par de ocasiones Juan escribe: «de su boca sale una espada aguda»; es decir, de la boca del Conquistador, de la boca de Jesucristo. Sería inconcebible imaginar a nuestro Salvador con una espada de acero, literal, que le saliera de la boca: más inconcebible aún, que el Rey de reyes tuviera necesidad de espadas para derrotar a sus enemigos, cuando basta una palabra suya para que su voluntad se cumpla. Cristo no tendrá que pelear, cuerpo a cuerpo, contra sus enemigos para derrotarlos. Le basta con pronunciar una palabra para aplastar la impiedad y la incredulidad. Con un «Yo soy», en Getsemaní (Jn. 18:6), hizo que sus enemigos cayeran al suelo. Por otra parte, en muchos pasajes de la Escritura la Palabra de Dios queda simbolizada, representada, sugerida o aludida mediante el símbolo de la espada (Heb. 4:12).

Es el mismo autor quien, en el capítulo 12, nos aclara que el «gran dragón escarlata que tenía siete cabezas y diez cuernos», y cuya «cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo», es un símbolo para describir al diablo. Las bestias del capítulo 13, a la manera de las bestias del libro de Daniel, exhiben el carácter de los poderes anticristianos que actúan en el mundo, poderes políticos y religiosos que se oponen al puro Evangelio de la gracia de Dios. La eficacia mundana de estos poderes para engañar a los hombres se describe en los primeros diez versículos como una fuerza irresistible; los restantes ocho versículos dan una idea de la presión, de la propaganda y de la coscción que emplearán para conseguir sus fines. Es la

eficacia de las técnicas de tortura o del lavado de cerebro, de las represiones policíacas o las violaciones psicológicas, a las que tan acostumbrados nos tienen las dictaduras de todo color, que consideran al cristianismo como a un antagonista al que hay que eliminar o hacer enmudecer. Esto fue un hecho real en los primeros siglos, bajo la persecución de los emperadores romanos, y lo seguirá siendo bajo todos los tiranos y sistemas político-religiosos (bestia que sube del mar, y bestia que sube de la tierra) que se abren y se opondrán a la fe del Evangelio hasta el fin del mundo.

## 2. La progresión hacia la consumación final

En todo el libro se da un progreso impulsado hacia la consecución del gran climax final: la regeneración universal, la consumación total y definitiva de los designios de Dios.

Las siete cartas (caps. 2 y 3) constituyen una sección bien definida. Y el resto del libro lo forman otras seis secciones, igualmente bien definidas. En cada una de dichas secciones el apóstol Juan nos conduce hasta el final y, luego, comienza de nuevo, pero desde otro punto de mira, desde otro ángulo, con distinto enfoque y diferente perspectiva. No obstante, a pesar de los horizontes plurales desde los que contempla la historia, siempre nos conduce hasta el mismo término o consumación final. Así, no es de extrañar que se produzca un considerable número de paralelismo entre las varias secciones, y que el libro se mueva con creciente ímpetu hacia el climax que persigue el autor inspirado. Un breve bosquejo de las secciones nos revelará lo que acabamos de afirmar en cuanto al crescendo constante de los temas en la misma dirección:

A) El capítulo 6 nos conduce hasta casi el final mismo. Los últimos cinco versículos, en lenguaje típicamente apocalíptico (damos siempre a esta palabra el sentido teológico que tenía en el período intertestamentario entre los judíos), presentan el fin: «Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar. Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de Aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero: porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?»

B) El capítulo 11, nuevamente, nos lleva hasta el final, con la última trompeta que proclama que ha comenzado la eternidad, pues el tiempo ya no existe más. Entre la sexta y la séptima trompeta se da una especie de interludio (10:1 -11:14), que nos prepara para escuchar el mensaje de esta última. En este interludio se nos informa que «el tiempo no sería más, sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas» (10:6-7); en efecto, «el séptimo ángel tocó la trompeta y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser los reinos de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos. Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postraron sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso..., porque has tomado tu gran poder y has reinado. Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra. Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos...» (11:15-19).

C) El capítulo 14 presenta el fin bajo la figura del lagar, de la que ya nos hemos ocupado. Este símbolo describe una cosecha doble:

a) «Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura...» (14:15).

b) «Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la tierra, porque sus uvas están maduras: ...y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios...» (14:18, 19).

Así pues, el capítulo 14 nos emplaza delante del juicio de Dios, que siega la tierra y vendimia la viña de la tierra (14:16. 19).

D) El capítulo 16 nos conduce hasta aquel momento en que escucharemos la voz que sale del trono: «El séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está. Entonces hubo relámpagos y voces y truenos, y un gran temblor de tierra... Y la gran ciudad fue dividida en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron: y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino del ardor de su ira. Y toda isla huyó y los montes no fueron hallados» (16:17-20).

E) El capítulo 19 lleva a la segunda venida de Cristo, victorioso sobre todos sus enemigos.

F) El capítulo 20 nos traslada hasta el gran trono blanco, delante del cual comparecerán todos los muertos para ser juzgados. Sigue luego el capítulo 21 con la descripción de los cielos nuevos y la tierra nueva, «porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más». Nos hallamos abocados ya, definitivamente, a la consumación absoluta de todas las cosas.

De modo que, sin ningún género de dudas, el libro del Apocalipsis se halla estructurado de tal manera que, mediante sus varias secciones, quiere conducirnos en progresión continua hasta el clímax final.

### 3. El Apocalipsis dentro de todo el contexto bíblico

El unánime testimonio de los Evangelios, Hechos y las Epístolas es que la segunda venida irá acompañada de la resurrección general y del juicio final. Y esto es también lo que enseña el Apocalipsis.

¿Es, acaso, otro el mensaje de la séptima trompeta? Hemos visto cómo en el capítulo 10 Juan afirma que cuando el ángel haga oír el sonido de esta trompeta «el misterio de Dios se consumará»; y, después, en el capítulo 11, se nos describe el juicio final, en el que todos —absolutamente todos— deben comparecer para ser juzgados, y para que los santos reciban el galardón, en tanto que los impíos sufrirán su castigo. El libro del Apocalipsis habla de un juicio general para todos, exactamente como lo hace el resto de la Biblia.

En el capítulo 16:13-16 leemos: «Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas; pues son espíritus de demonios, que hacen señales, y van a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. He aquí yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza. Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón.»

En la siguiente lección nos ocuparemos del significado de Armagedón. Ahora desearíamos subrayar más bien que, contrariamente a la enseñanza del moderno dispensacionalismo, que suele ver en la venida del Señor «como ladrón» lo que ellos denominan «el arrebatamiento» de la Iglesia, previo a la gran tribulación (Apoc. 16:13-16), oponiéndose a este punto de vista, enseña que el Señor vendrá «como ladrón» en el momento en que ellos —los dispen-

sacionalistas— consideran el tiempo del fin de la «gran tribulación», ¡después del «arrebataamiento»!

Ya comprobamos en el capítulo 20 cómo todos los muertos, pequeños y grandes, tendrán que comparecer delante del trono blanco. Leamos de nuevo los versículos 11 al 15:

«y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida: y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.» El gran defensor de la ortodoxia evangélica, el eminente teólogo Benjamín Warfield, comentó así este pasaje:

«Que esto que aquí se describe es el juicio general, parece obvio. Los afectados son descritos como "los muertos, grandes y pequeños", lo que parece indicar una designación inclusiva. No son solamente los impíos los convocados a presentarse delante de Dios, ya que para ejecutar el juicio, no sólo se emplea "el libro de las obras", sino también el "libro de la vida", mencionado dos veces; únicamente aquellos cuyos nombres no fueron hallados en el libro de la vida fueron lanzados al lago de fuego; de donde se sigue que había allí otros cuyos nombres sí constaban inscritos en "el libro de la vida". La destrucción de "la muerte y el Hades" no quiere decir que el juicio sea solamente para los incrédulos, que sólo los enemigos de Dios son juzgados aquí. Esta expresión, al igual que la fórmula Pablo en 1.<sup>a</sup> Corintios 15, significa que "la muerte ya no será más". Hay, sin duda, "la segunda muerte", pero esto es el lago de fuego, es decir, el castigo eterno. Así, aquí se presenta a nuestra contemplación el punto final, lo que implica ¡la resurrección general y la preparación para la entrada en el goce del destino eterno.»

De esta manera el libro del Apocalipsis se une al unánime testimonio de toda la Escritura en lo que se refiere a la resurrección general y al juicio universal.

Notas:

33. Cualquiera puede comprobarlo visitando el Museo de Arte Románico en Barcelona, en Montjuich, que es el más importante del mundo en su especialidad.